

peró una vez más sus derechos y sumergió bajo su verde y poderosa coraza lo poco que todavía quedaba de la variante yucateca de la exquisita y milagrosa cultura maya.

6.— La ingeniería y el arte de los aztecas

Los aztecas eran uno más entre los pueblos de lengua nahuatl. La presión de otros pueblos los hizo emigrar repetidamente hasta que en 1215 llegaron al valle de México, en donde fueron mal recibidos por sus ocupantes anteriores. Tuvieron que luchar rudamente para apoderarse del territorio y lo consiguieron. La paz era precaria, no obstante, y para poder mantenerla organizaron en un orden rigurosísimo su vida ciudadana. En 1323 se vieron obligados para sobrevivir a enfrentarse con el grupo colhua de los toltecas y acabaron dominando todo el ámbito nahua. En el curso de la guerra habían desollado viva a Achitometl, hija del señor de Culhuacán. Ello provocó una fuerte reacción de los vencidos que obligó a los aztecas a huir a través del lago de Texcoco. Allí encontraron en una isla a un águila que subida a un nopal estaba devorando a una serpiente. Es asombrosa la semejanza que existe entre este hermoso mito y otro que veintitrés siglos antes había sido recogido en *La Iliada*. Cuando los aqueos venidos de la Hélade iban ya por pérdida la guerra de Troya se les apareció un águila que estrujaba entre sus garras a una serpiente herida de muerte y el adivino Calcas interpretó el prodigio diciendo a los aqueos que aquello era un aviso del cielo, con el que los dioses les daban una garantía de su futuro triunfo. El águila simbolizaba en ambos mitos la fuerza y la estructura patrilínea de la sociedad, tan característica de helenos y aztecas. La serpiente se hallaba en el inconsciente colectivo de los helenos asociada a los cultos subterráneos de Eleusis que aportaban al hombre la salvación y siempre ha tenido una gran cantidad de connotaciones simbólicas, relacionables posiblemente en Mesoamérica algunas de ellas con el dios salvífico Quetzalcoatl. El águila y la serpiente simbolizarían así la relación dialéctica creativa existente entre los valores paternos y maternos, entre el sol y la luna. Los aqueos se reorganizaron y conquistaron Troya tras el presagio. Los aztecas fundaron allí mismo Tenochtitlán dos años después y vencieron o sedujeron a todos sus enemigos actuales o potenciales.

La construcción de Tenochtitlán sobre la laguna cenagosa que rodeaba al islote originario fue la obra de ingeniería más deslumbrante que se había realizado hasta entonces en Mesoamérica. Los aztecas llenaron la laguna de balsas en cuyos bordes plantaron árboles. Las raíces descendieron hasta el fondo del lago y religaron así la tierra cenagosa y las balsas. Luego rellenaron con barro los espacios intermedios. Semejante sistema de desecación dio el resultado apetecido, pero los aztecas no cayeron en el error de llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Reservaron algunas zonas para crear en ellas jardines acuáticos en los que pudiesen recrearse los moradores, y otras para construir un sistema de fosos que convertía Tenochtitlán en una fortaleza inexpugnable. Igualmente «ciclópeos» fueron los acueductos. Uno de ellos, para cuya construcción el famoso poeta Nezahualcóyotl, señor de Texcoco, le prestó una eficaz ayuda a Motecuhzoma Ilhuicamina (Montezuma I), medía algo más de dieciséis kilómetros de largo y funcionaba a la perfección. Su-

frió algo durante la toma de Tenochtitlán, pero Hernán Cortés lo puso de nuevo en servicio. Desde los tiempos de Roma, nada similar en grandiosidad y eficacia se había conocido en el mundo. El acueducto unía Texcoco a Tenochtitlán. Se construyó para su atención una presa gigantesca en cuyo interior quedaron englobadas todas las fuentes de agua dulce de la laguna. Un resultado residual fue que las partes de la laguna que no habían sido desecadas perdieron su salinidad y pudieron ser utilizadas en las faenas domésticas. Tenochtitlán, con sus grandes mercados y sus edificios suntuosos, era en aquel entonces una de las ciudades más limpias del mundo y nada existía en Europa que en ese sentido pudiera comparársele.

La arquitectura azteca no era en exceso original, pero sus pirámides habían sido construidas con un excelente dominio de las técnicas idóneas y sus piedras se yuxtaponían en ellas con exactitud matemática. Eran fieles al erigirlas a los sistemas tradicionales, pero tomando en cada caso aquello que consideraban más en consonancia con su concepción del volumen y de la forma y respetando habitualmente las tradiciones establecidas.

Los aztecas sintieron una gran admiración por los códices de sus predecesores mixtecas y esto los indujo a fabricar al igual que ellos el papel con cortezas y fibras de árboles y a escribir sus recuerdos históricos y religiosos. Utilizaron también pieles de animales, en especial la de ciervo. Las ilustraciones son sencillas y los textos muy útiles desde el punto de vista histórico y social, incluidos algunos que siguieron escribiéndose durante los años inmediatamente posteriores a la conquista.

No conozco ninguna época ni ninguna cultura en la que exista una escultura tan expresionista como la del momento azteca de las culturas mesoamericanas. La deformación violenta de los rostros, el hieratismo ritual que no tiende a intensificar el rigor y el orden, sino a desquiciar en condensaciones poderosamente compactas el volumen y el ritmo, las torsiones forcejeantes, la fusión heterogénea de crueldad, anhelo y sensualidad sadomasoquista diferencian tan dramáticamente esta escultura de cualquier otra anterior, que puede olvidarse su afincamiento sólido en una larga tradición casi codificada y destacar ante todo la originalidad de su fuerza, de su ímpetu y (perdóneseme la paradoja) del terrible rigor de su desmesura hecha orden. Xipe Totec, el dios desollador que tan sólo con pieles humanas arrancadas en vivo podía seguir viviendo es con los puños cerrados, con la boca abierta y en cuclillas, tan tremendamente realista de otra realidad, como expresionista del terror, pero no tanto del que inspira, como del que parece tener a su propia muerte. Semejantes esculturas son un prodigio de intensidad expresiva y no conozco en otras culturas ninguna que haya logrado penetrar tan a fondo en las complejidades y en los oscuros temores del alma humana.

Más «amables» resultan las máscaras labradas en piedra verde grisácea. Es notable su esquematismo y la manera de estudiar la función de cada plano y de cada volumen y las relaciones entre los mismos. Es posible que en los ojos se incrustasen piritas. Semejante tipo de obras de inspiración religiosa existía ya en Teotihuacán, en donde, lo mismo que fue luego habitual entre los aztecas, se solía hacer un pequeño taladro en su parte alta. Eran por tanto, obras para colgar y debieron formar parte del ajuar religioso doméstico. Algunas de estas máscaras poseen una tal viveza que pudieron ser retratos. Los aztecas añadieron a la costumbre teotihuacana de trabajar tan sólo el frente, la de labrar

las más importantes no sólo por el anverso, sino también por el reverso. En estas máscaras nos hallamos en un mundo menos torturado que el de la escultura exenta. Se atiende más en ellas a las calidades estrictamente plásticas, que al exacerbamiento expresivo. Una suavidad casi naturalista sustituye algunas veces a la geometrización a ultranza. En algunos casos especiales la abstracción deja de coordinarse con la búsqueda de la expresividad intensa. Tiende entonces a la manera extremo oriental a congelar en las imágenes el fluir del tiempo. Se da tan sólo en obras relacionables con la pintura, pero sin llegar a esa serenidad imperturbable que caracteriza a algunos kakemonos chinos y japoneses. El soporte ideal para este tipo de representaciones lo constituían los escudos decorados con mosaicos de plumas. Los más hermosos se reservaban para los desfiles militares. La delicada interpenetración de colores vivos, el predominio del verde, el azul, el rojo y el amarillo matizados y la equilibrada composición, con utilización de grecas de ida y vuelta y campos de color con salpicaduras similares a las de la nueva abstracción, dan a estas armas ostentatorias o defensivas una especie de serenidad ambigua en la que el equilibrio de las formas parece que se ha alcanzado un instante antes y que se halla a punto de romperse de nuevo. Figuran estos escudos, que no fueron exclusivamente aztecas, sino que los conocieron anteriormente los mixteca-puebla, entre las obras más representativas del carácter de los responsables del último momento de la cultura nahua.

La polarización del arte (una más entre las muchas que había en el mundo nahua), ratifica la impresión de que la cosmovisión azteca, debió ser terriblemente compleja y polivalente. Ello puede ser dicho tanto del conjunto de la sociedad, llena de terror a poderes malévolos y sin confianza suficiente en los salvíficos, como de cada hombre en concreto, acosados simultáneamente por la presión estatal y social y por un desbordado torrente de solicitudes desintegradoras y de remordimientos y anhelos inconciliables. («Dios es bueno y quiere sangre...» etc.). No asombra que una tal complejidad exista, pero sí la manera como los aztecas la pusieron oscuramente al servicio de su supervivencia.

El momento azteca de la cultura nahua cierra la evolución histórica cultural del México precortesiano. En el momento en que Hernán Cortés llegó a México, atravesaban los aztecas una insostenible situación de guerra continua. No habían logrado culminar la unificación de su ámbito cultural a causa, visto desde afuera, de la tenaz oposición de los tlaxcaltecas, pero debido tal vez, si intentamos verlo desde el interior de ellos mismos, a unas vacilaciones internas que habían comenzado a corroer su antigua seguridad. Un ejemplo de estas vacilaciones nos lo ofrece la disociación psíquico-religiosa del gran Motecuhzoma Xocoyotzin (Montezuma II), el último tlatoani y dueño, por tanto, de la mayor parte de Mesoamérica a la llegada de Hernán Cortés. Sus relaciones con Texcoco eran malas desde antes de la llegada de los españoles. A pesar de ello la ideología monoteísta, cuyos coeficientes salvíficos se incrementaban día a día en Texcoco, hacían que Montezuma vacilase en la actitud que debía adoptar con el principado vecino. También él y sus macehualtin (los guerreros distinguidos cuyo poder había mediatizado) se preguntaban si serían sus rivales momentáneos quienes estaban en lo cierto.

Quetzalcoatl podía regresar por el mar de los viejos y hermosos mitos hasta la tierra que él regía y pedirle cuentas de sus «pecados». Quien llegó fue Hernán Cortés y cuando éste lo hizo inicialmente sin clarines de guerra, se apresuró Montezuma a subirlo a lo

alto de la pirámide de Tlatelolco, desde donde contemplaron juntos la gran ciudad. Luego le hizo visitar los dos templos que había en ella y le enseñó personalmente las salas donde se celebraban algunos de los sacrificios. Más significativo aún es que lo obsequió en el templo con una máscara que representaba a Quetzalcoatl y con una prenda de cabeza realizada con riquísimas plumas. Montezuma, que creía que Quetzalcoatl retornaría y se encarnaría de nuevo y traería una vez más la salvación, entregó al mismo tiempo otras dos máscaras a Hernán Cortés. Una era la de Tlaloc, dios de la lluvia, y la otra la de Tezcatlipoca, dios de la guerra. Tlaloc era un dios ambivalente. Tezcatlipoca lo era también, pero con polarización más marcada. Era amigo y enemigo del hombre, rojo y negro, leía en el interior del corazón humano y podía dar la victoria o imponer la derrota en cada batalla. Montezuma le dio esas tres máscaras porque eran las de los tres dioses mayores y por si Cortés en vez de encarnar él a Quetzalcoatl, prefería encarnar a alguno de los otros dos. Montezuma era ya tan divalente como sus dioses y el imperio azteca se había suicidado en su propio interior desde un poco antes de la llegada de los españoles. Podemos hacer nuestra, por tanto, la visión de Toynbee y afirmar con él que el virreinato de la Nueva España fue el Estado Universal de esa gran civilización nahua que los aztecas habían estado a dos pasos de unificar. Convendría, no obstante, añadir que la organización sustitutiva fue todavía más mestiza que la que había estado a punto de conseguirse. Obtuvo además el virreinato de la Nueva España sus indudables éxitos en virtud de una síntesis que hubiera sido imprevisible desde los supuestos de su evolución anterior. El mito de Quetzalcoatl se cumplió así por vericuetos insospechados y el México de nuestros días constituye una culminación sazónada de dicha síntesis en estos años finales del siglo XX, en los que se halla a punto de completar su fructífera integración cultural y étnica.

Carlos Areán